

Manuel López Muñoz (2022): *Entre columnas. Artículos periodísticos 2019-2021*, Textos introductorios de Francisco García Marcos y Francisco Álamo Felices, Colección «Ordo Academicus», 8, Editorial Universidad de Almería (EDUAL), Diario de Almería, 310 pp.

El pasado año 2022, un 12 de julio, la Parca funesta y traidora nos arrebató al compañero, pero sobre todo amigo, Manuel López Muñoz, catedrático de Filología Latina por la Universidad de Almería y uno de nuestros máximos exponentes en el ámbito de la Retórica eclesiástica en neolatín y en las Nuevas Tecnologías y el Latín. Entre los años 2019 y 2021 simultaneó sus tareas docentes, investigadoras y de gestión con una colaboración semanal en el *Diario de Almería*, denominada *El Manuscrito*<sup>1</sup>, llegando a publicar 138 artículos. Poco después de su fallecimiento, en una empresa conjunta, Mercedes Peinado, la esposa del profesor López Muñoz, la UAL y el *Diario de Almería* acometían la tarea de reunir en un volumen todas estas colaboraciones, volumen cuyo título sugirió el propio autor, *Entre columnas*.

Este título pretende ser, de alguna manera, como un juego de palabras, pues se refiere al ritual de iniciación al que se somete el neófito que quiere ingresar en una logia masónica, porque, efectivamente, Manuel López era masón y de hecho fue enterrado como Maestro masón. Respecto al ritual en cuestión, en los templos masónicos se erigen unas columnas que llevan las letras J y B: la J representa el norte y la B el sur. Estas columnas tienen un valor simbólico, pues significan la separación entre el mundo profano y el mundo interior. Uno de los rituales masónicos más importantes es colocar al neófito entre columnas, lo cual denota la búsqueda del equilibrio entre opuestos. Además, atravesar esas columnas significa

---

<sup>1</sup> Según nos ha revelado su compañera de vida, Mercedes Peinado, su columna era realmente un «manuscrito», pues escribía su colaboración semanal a mano, con la Montblanc que le regaló su padre, a quien estaba tan unido. De otro lado, todas las colaboraciones publicadas por el profesor López Muñoz son accesibles en la URL: [https://www.diariodealmeria.es/manuel\\_lopez\\_munoz/](https://www.diariodealmeria.es/manuel_lopez_munoz/). Las direcciones web incluidas en esta reseña fueron comprobadas por última vez el 24/07/2023.

pasar a un nuevo nivel de conciencia en la que son fundamentales el firme control que representa una de las columnas y la fuerza que representa la otra. Se supone que cuando el candidato da ese paso debe hacerlo guiado por la sabiduría y el control<sup>2</sup>. En suma, pasar esas columnas es dejar atrás el mundo que ha conocido hasta entonces para adentrarse en una nueva vida.

El libro propiamente dicho se abre con el «Exordio» de Francisco García Marcos (pp. 13-17), donde, entre otras cosas, se rememora el encuentro entre Antonio Lao, director del *Diario de Almería*, y López Muñoz, que supuso el inicio de las colaboraciones escritas con el periódico. Además, se hace una suerte de retrato humano del compañero que, en su labor como periodista circunstancial, hizo de *El Manuscrito* una prolongación de su persona y donde siempre se mostró como «observador perspicaz del mundo» (p. 16). De su faceta humana, García Marcos destaca sobre todo un rasgo, su «responsabilidad solvente y sin fisuras» (p. 16) con todos aquellos con los que se relacionó.

Por su parte, Francisco Álamo Felices, en «El discurso periodístico de Manuel López Muñoz» (pp. 19-32), hace un atinado análisis de los escritos del autor desde la perspectiva del género periodístico. Para Álamo Felices, López Muñoz, en su labor periodística, ha recuperado la figura del «intelectual comprometido», pero comprometido no tanto con una determinada postura política, sino con una imagen del mundo coherente con eso que podemos llamar el «espíritu humanista».

En efecto, desde su posición de profundo conocedor de la literatura antigua y dominador como pocos del arte de la palabra, en sus textos aborda las cuestiones de actualidad que más le interesan, poniendo siempre al mundo clásico como referente, como ejemplo o como punto de partida. A ello se une una defensa activa de las Humanidades, en particular, de las clásicas, convencido de su valor formativo, denunciando siempre que puede el desprecio del poder político por nuestros saberes, ya que de este modo se está privando a las jóvenes generaciones de un valioso legado. A ello se une su denuncia contra la mercantilización de la cultura y de la propia Universidad, de la que destaca su papel y su responsabilidad en la formación del individuo como persona y como ciudadano, y no como una simple fábrica de titulados. Todos los problemas y cuestiones que aborda lo hace desde la racionalidad y la moderación, huyendo de todo tipo de extremismos, como buen aspirante a estoico que era.

En cuanto a sus escritos, según Álamo Felices (p. 21), estos constan de una estructura tripartita: un comienzo sustentado o fundamentado en el mundo clásico (personajes o hechos históricos, autores literarios, mitos o figuras mitológicas o aspectos relacionados con la lengua latina, la filología o la retórica); luego se presenta brevemente el tema de actualidad que ha motivado el artículo, y se cierra

---

<sup>2</sup> Información tomada de la web *Madre Logia*, <http://www.madrelugia.com/articulos/art003-neofito-iniciado-entre-columnas.php>.

todo con una reflexión, crítica habitualmente, proponiendo a veces una posible solución o enmienda a la cuestión planteada.

Uno de los rasgos que mejor definen los escritos de Manuel López, y que era parte consustancial de su propia personalidad, es la ironía que destilan muchas de sus páginas, ironía unida a un humor inteligente, con la cual hace una crítica acerba, pero sin perder las formas, contra todo tipo de situaciones y comportamientos injustos, contra los excesos que afectan a los ciudadanos, sobre todo cuando de esas injusticias y excesos es responsable una clase política que, por sus desmanes y desvaríos, confunde el interés público con el suyo propio, hasta el punto de ser percibida como una de las principales amenazas para la propia supervivencia del sistema democrático. Asimismo, esta actitud crítica manifiesta otra de las caras de su espíritu humanista, su preocupación por los menos favorecidos —ya sean inmigrantes o los más de tres millones de personas que en nuestro país sufren una de esas denominadas como «enfermedades raras»—, su defensa de la mujer —sobre todo frente a aquellos que se atreven a poner en duda la legitimidad de las leyes contra la violencia de género—, sin descartar a veces problemas estrictamente locales de la ciudad de Almería donde residía y trabajaba<sup>3</sup>.

Según Álamo Felices (p. 22), la verdadera intencionalidad de López Muñoz es desplegar su sabiduría clásica, que se manifiesta sobre todo en el aprovechamiento de la retórica y de las estrategias de la oratoria, y, sobre todo, en la gran nómina de autores literarios, personajes históricos y figuras de la mitología que el lector puede encontrar en sus páginas. A este respecto, y esta es una apreciación nuestra, cualquiera de sus textos podría servir de acercamiento a la Cultura Clásica en nuestras aulas, sin perder de vista el mundo contemporáneo.

En cuanto al uso de la lengua, Álamo Felices (p. 22) pone de relieve su frecuente recurso a etimologías, neologismos, cuestiones de vocabulario, que denotan sus profundos conocimientos filológicos. Todo ello se conjuga (p. 30) con su defensa a ultranza de la lengua española frente a la avalancha de neologismos innecesarios, cuando no barbarismos y extranjerismos.

Asimismo, en los textos del profesor López Muñoz la Retórica se convierte no solo en el estudio teórico del arte de hablar, sino en la necesidad de saber hablar en público, y, desde este punto de vista, en una suerte de garante de la convivencia democrática. Por supuesto, aboga por que su enseñanza dependa de profesionales de lo clásico (p. 29).

De otro lado, a modo de ejemplo de todo lo dicho hasta ahora, queremos detenernos en algunos de sus artículos, comentando algunas ideas e incluyendo algunas citas que nos han resultado especialmente significativas y reveladoras de la personalidad del autor.

---

<sup>3</sup> Cf. por ejemplo, «Cobramos a todos y ocuparse de unos pocos» (pp. 77-78), donde denuncia la situación de abandono que presentaba un solar cerca de la calle Fray Juan de Portocarrero, lindante con un parque público y una terraza hostelera.

De entrada, sostenemos la opinión de que cuando se crea un volumen a base de reunir artículos concebidos en un principio para ser leídos como piezas independientes unas de otras, el resultado es una suerte de diario íntimo, personal, donde el lector puede ver secuenciadas en el tiempo una serie de reflexiones al hilo de la actualidad.

El primero de los artículos de López Muñoz, «Mirando al mar» (pp. 35-36), me conmovió la primera vez que lo leí y me sigue conmoviendo cada vez que lo repaso. En él confluyen la evocación de la primera vez que pisó Almería como becario de investigación y «descubrió» la inmensidad del mar —él que, como giennense, era un hombre de interior, acostumbrado a un paisaje de límites ciertos y precisos— y el alegato contra uno de los efectos más perniciosos de la inmigración ilegal, la muerte de cientos de desdichados en ese mismo Mediterráneo con cuya contemplación el alma se deleita. Esto le llevó a ver ese mar de otra manera: «Hace ya un tiempo que miro el agua y veo otra cosa. [...] Ahora, ese mar en el que me baño lo miro con otros ojos» (p. 36).

Uno de los argumentos más repetidos en sus escritos es la utilidad de nuestros estudios en una sociedad como la actual y, por tanto, la defensa a ultranza de la enseñanza de las lenguas y la cultura clásica. Así, en «Marco Tulio Junqueras» (pp. 41-42), a raíz de unas declaraciones de Oriol Junqueras, de ERC, en las que se comparaba con Sócrates, Séneca y Cicerón en el sentido de que él, como ellos, no huyó de la justicia habiendo podido hacerlo, se reivindica el conocimiento de la cultura clásica para evitar malos entendidos y manipulaciones: «Con un poco de conocimiento de la cultura clásica, ni los periodistas morderían el cebo ni los demás nos dejaríamos cautivar por los cantos de las Sirenas, [...]» (p. 42).

En esta defensa de las Humanidades clásicas, una de las iniciativas más prometedoras puestas en marcha en los últimos años es la que se menciona en «La utilidad del Latín y del Griego» (pp. 43-44), a saber, la de promover la declaración por la UNESCO del Latín, el Griego y la Cultura Clásica como Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad, una idea surgida en el ámbito de la Sociedad de Estudios Latinos, sobre todo de su Presidente, el profesor José María Maestre, y que defendió en el Congreso de los Diputados Emilio del Río, en su condición de Diputado del Partido Popular. Para ello se aprobó una iniciativa, apoyada por todos los grupos políticos, que instaba al Gobierno a presentar ante la UNESCO tal petición. El hecho de que por una vez todos los partidos se pongan de acuerdo en algo lleva a López Muñoz a decir: «El Latín y el Griego han demostrado su capacidad para crear consensos donde casi siempre existe la bronca tabernaria» (p. 44).

En «Por qué el latín» (pp. 263-264) ofrece nuevos argumentos para defender la impartición de nuestra materia más allá de algunos otros repetidos hasta la saciedad, y por tanto vacuos, como ese de que las Humanidades fomentan el espíritu crítico, o ese otro de que poco menos hay una conjura para acabar con nuestras materias. Para López Muñoz lo esencial es que a través del conocimiento del latín

se potencia el plurilingüismo, al poder acceder desde la lengua latina a comprender con más facilidad otras lenguas, incluso no latinas. A esto se une el hecho de que a través del conocimiento de la lengua podemos transmitir a nuestros alumnos la idea de pertenencia a una comunidad con la misma cultura, que no solo abarca las tierras del antiguo dominio romano, sino que viajó por todo el mundo en las naves de portugueses y españoles.

Muy interesantes son también algunos trabajos en los que defiende una determinada concepción de la pedagogía, siempre en la línea de los clásicos. Así, en «Enseñar sin ensañarse» (pp. 127-128), frente a esos programas y concursos televisivos en los que se transmite la idea de que para triunfar hay que sufrir o que tanto mejor es el maestro cuanto peor trata al alumno, reivindica el «humanismo pedagógico» de un Quintiliano, quien en su *Institutiones Oratoriae* daba a los maestros consejos del tipo: «sea sencillo cuando enseña» o «no sea cruel ni se ensañe al corregir porque muchos dejan de esforzarse cuando se les regaña con odio» (p. 128).

Ya hemos mencionado más arriba que una de las causas en las que más se volcó Manuel López fue en defensa de la mujer. En «Feminista a mucha honra» (pp. 45-46), arremete contra todos aquellos que, por un machismo montaraz e irracional, asocian el feminismo con una supuesta actitud autoritaria y discriminatoria contra los hombres. Ante este tipo de extremismo, la respuesta del autor es contundente: «El feminismo no es un machismo con faldas, es enemigo del machismo» (p. 47), y si hay que buscar actitudes extremas son las de que aquellos que usan la expresión «ideología de género» como un insulto.

Un tema recurrente en sus trabajos es la crítica contra todos esos eslóganes repetidos por los tecnócratas que asocian la Universidad con el utilitarismo economicista que nos gobierna, en el sentido de que la institución universitaria estaría, supuestamente, para formar profesionales y desarrollar aplicaciones para extraer de ellas un beneficio económico. En «¿Qué le puede transferir la Universidad a la sociedad?» (pp. 59-60) la respuesta de Manuel López es clara: más que para formar profesionales, algo que nos equipararía con un ciclo superior de FP, la Universidad está para formar personas que sean capaces de analizar el mundo y la realidad, y si de esa actividad se deriva el conseguir un buen puesto de trabajo, mejor que mejor. De otro lado, es algo también muy repetido la noción de transferencia asociada al ámbito universitario, entendiéndose por tal la transferencia sobre todo tecnológica. Pero tan importante como esta debería ser también la transferencia ética: «Igual de bien me parece que la Universidad hable de valores y de contra-valores, que lance debates ciudadanos y participe en ellos aportando su conocimiento, que contribuya a estimular el pensamiento crítico y transmitir una visión posible de las cosas» (p. 60).

Si hay un tema repetido en esta suerte de recorrido por la actualidad es la crítica a la clase política. Así, en «La política de la belleza» (pp. 57-58) se pone de relieve

hasta qué punto se abusa de la imagen en las campañas electorales a falta de ideas o de programa, de modo que «No hay candidatos adefesios ni malencaradas candidatas. Todo el mundo es guapo, todo el mundo tiene buen tipo, buena planta...» (p. 57). En estos casos, «deberíamos votar con el cerebro a quien, más allá de su belleza nos ofrezca fuerza moral y sabiduría» (p. 58). En «¿Gobernar para el bien común?» (pp. 75-76), se hace la loa de una actitud infrecuente entre los profesionales de la política: entender que gobernar es trabajar por el bien común y no solo para aquellos que te han votado. Asimismo, se censura la actitud de los que gobiernan contra alguien, en vez de en favor de todos: los primeros merecen el oprobio, los segundos el respeto, «incluso cuando se discrepe» (p. 76). En «Hasta dentro de cuatro años no me pidan el voto» (pp. 83-84), se pone en solfa el comportamiento de los políticos que, por meros cálculos electorales, en vez de sentarse a pactar con el contrario por encima de opiniones o proyectos diferentes, están dispuestos a obligar a la ciudadanía a pasar de nuevo por las urnas porque los números no les salen para gobernar a discreción. Los que así actúan olvidan que ellos y los partidos están al servicio del pueblo, que son los auténticos «jefes»: «Simplemente tienen nuestras órdenes de ponerse de acuerdo y cuando los jefes damos una orden no vale buscar la forma de no cumplirla» (p. 84). En fin, en «¿Son los políticos el tercer problema de España?» (pp. 85-86), se defiende el valor de la Retórica como garante de una buena praxis política. Pues, no se trata solo de que permite aprender a hablar en público, sino que contribuye a forjar el buen orador, y, como López Muñoz reconoce, en esto hay mucho de imagen, de cómo te vean los demás y si los demás creen que se puede confiar en ti. Y si la imagen que transmite la clase política es la lamentable de tantos debates televisivos, puede acabar siendo vista como un problema, y de ahí a considerar inútil la democracia hay solo un paso.

En muchos de los trabajos citados es habitual encontrarse pequeñas perlas de ese humor tan característico de Manuel López. Pero hay un artículo que para nosotros es todo él fina ironía, «Bandas, becas y ceremonias universitarias» (pp. 65-66), donde se burla de ese afán, en todos los niveles educativos, de solemnizar cualquier acto académico o escolar por insignificante que sea, que lleva a que «a imitación de las ceremonias académicas, se imponen becas ya hasta en las guarderías» (p. 65).

Para terminar esta pequeña selección nos queremos quedar con algunos artículos escritos en plena pandemia o poco después de superarse el COVID-19, que reflejan no solo la zozobra en unos momentos de incertidumbre que, por fortuna, ya parecen lejanos, sino donde también se pone de relieve el esfuerzo de toda la comunidad educativa para intentar mantener cierta normalidad aunque fuera por medios telemáticos.

En «No, no y no» (pp. 177-178), escrito cuando ya habían pasado los peores momentos de la urgencia pandémica, aunque reconoce el considerable esfuerzo

que hicieron los docentes para ofrecer a sus alumnos un sucedáneo de enseñanza virtual por decisión de las autoridades, admite que todo eso tuvo mucho de absurdo: ni las plataformas educativas estaban preparadas, ni el profesorado tenía la formación necesaria, ni los materiales eran los adecuados para una enseñanza totalmente virtual, ni los estudiantes estaban provistos de los equipos ni de las conexiones necesarias, pues, en verdad, lo que las autoridades querían «era tener a los estudiantes bien metidos en las jaulas virtuales para que tuvieran algo que hacer» (p. 177). Evidentemente, debemos aprender de lo ocurrido y no volver a admitir situaciones que son un claro ataque a la educación.

En «Los trabajadores invisibles» (pp. 161-162), pone de relieve cómo la pandemia puso al descubierto las carencias del sistema, tanto de salud como educativo, y cómo a pesar de todo se pudo salir del abismo gracias al esfuerzo de los respectivos profesionales, de forma que «Las personas del mundo real [...] han demostrado ser más capaces que sus dirigentes» (p. 161).

En «Calma en el alma, salud en la sociedad» (pp. 159-160), recomienda frente a la desesperanza en los peores momentos de la pandemia la lectura de los estoicos, «una buena escuela de serenidad y de ciudadanía» (p. 159).

Para concluir, *Entre columnas* es un libro de lectura más que recomendable para descubrir la visión del mundo de un hombre inteligente, de espíritu crítico pero ecuánime, empapado de humanidad y de humanismo, con un magistral dominio del lenguaje, que estaba convencido del valor formativo de los clásicos y de que su defensa era una de esas empresas por las que merecía la pena dejarse la piel. Por ello, amigos lectores, nos hemos animado a redactar esta reseña, estas recomendaciones de lectura, a modo de nuestro particular homenaje a un gran amigo, a un hombre cuyo recuerdo sigue vivo entre todos aquellos que tuvimos la gran suerte de conocerlo y tratarlo.

Cristóbal Macías